

NOTA PARA EL LECTOR

Sabemos de antemano, por propia experiencia, que no vamos a solucionar a fuerza de palabras, de escritos, de letra impresa, los problemas concretos que tenemos planteados. No en vano saltamos a la arena periodística en unos tristes tiempos en los que hablar de árboles constituía un crimen —como decía Brecht— ya que implicaba el silencio sobre tantas maldades; un silencio que a veces ni era suficiente. Habíamos nacido demasiado tarde, pero en un mundo demasiado antiguo.

No pretendemos pues decir que se acabaron ya los malos días. Sabemos que hay más margen, ¿quién lo niega? O que el margen que hoy se nos tolera ha variado. No tenemos ni idea de lo que va a durar la *permisividad* de que somos objeto actualmente. Pero quisiéramos aprovechar este cambio de tercio para hacer algo útil. Dicen que puedo expresarme sin tapujos, una costumbre que había perdido hace ya tanto tiempo que ni puedo acordarme. Y sin embargo, creo que no hará falta escribir cosas nuevas distintas a lo escrito hasta la fecha. Sencillamente, he pensado que estos artículos que antaño tenía que escribir con disimulo, jugando con las frases, esparciendo por los rincones tímidas pinceladas críticas, ahora es el momento de darles el relieve, la contundencia y la claridad de significado que llevaban consigo.

Hemos tomado a Bertolt Brecht como punto de referencia inicial, ese hombre que oscila entre el dogmatismo y la poesía, por su inspirado texto titulado «Cinco condiciones para decir la verdad». El recomienda:

- «— El *valor* para decir la verdad,
- La *inteligencia* para reconocer la verdad,
- El *arte* de hacer la verdad manejable como un arma,
- Suficiente *sentido común* como para escoger a aquellos en cuyas manos la verdad resulte eficaz,
- Suficiente *astucia* como para extender ampliamente la verdad.»

Así pues, en nombre de la verdad hemos tratado de aunar valor e inteligencia: valor para decirla, inteligencia

para esclarecerla. Hemos recurrido asimismo a la astucia y al sentido común: para extenderla, para escoger a aquellos capaces de extenderla, para encontrar los cauces eficaces que cada contexto exige. Dicen que la verdad es revolucionaria y puede que sea cierto. Nosotros nos conformaríamos si conseguimos cultivar con eficacia ese arte, el arte de hacer la verdad bien manejable, por lo menos manejable como un arma...

Los textos que siguen —unas modestas holandesas destinadas cuando se escribieron a ocupar un discreto rincón de revista legal o paralela— pueden ser aún en nuestros días elementos prestos a ser utilizados, a ser útiles. Dejamos al lector que juzgue por sí mismo el grado de verdad que puedan contener. Nosotros nos hemos limitado a hacerlos lo más manejables que pudimos, lo más afilados: manejables como un arma... Hemos dado un vistazo alrededor: si siguen siendo válidos para el lector de hoy —en nuevas coyunturas— es que tampoco hemos cambiado tanto.

Antes de que se baje el telón de la farsa de esta historia que vemos repetirse —la primera vez como tragedia, la segunda vez como farsa piojosa—, queremos pues aprovechar la *permisividad* que de momento tenemos aquí a mano para dejar bien claro y sin sombra de duda qué criterio presidió día a día la laboriosa confección de estos textos: por supuesto, el criterio de clase, el criterio de la lucha de clases. Ahora que las nuevas circunstancias desorientan a la gente y la llevan a olvidarse no sólo de los 40 años sino incluso de los doce, los seis últimos meses, corremos el grave riesgo de echar por la borda las experiencias antaño acumuladas: por eso se recurre hoy en día a las clases de lucha más diversas, sin un criterio fijo. Abordar este tema de clases de lucha aquí y ahora es contribuir a la lucha de la clase. Por lo menos, eso es modestamente cuanto nos proponemos...